

APÉNDICE

LA FORMACIÓN DE LA MUJER EN TIEMPO DE NERÓN

1. **Daños de una formación falsa.**—Sería perder inútilmente el tiempo el querer deplorar los inmensos daños causados por una falsa concepción de la educación. Desgraciadamente, las cosas son tales, que intentar resistir, bajo este concepto, á la tendencia que hoy día domina, es trabajo perdido. Parece que actualmente la humanidad está bajo la influencia de un poder encantador é irresistible para repetir los absurdos más evidentes, tomar parte en ellos y correr casi con los ojos cerrados á una ruina cierta, tan pronto como se pronuncian ciertas palabras de contraseña, como *nacionalidad, estar alerta, libros investigaciones, progresos, fines del Estado, opresión eclesiástica, usurpaciones clericales* y otras semejantes. La palabra *educación*, es también parte de estas fórmulas. Las personas más sencillas comprenden que el sistema de enseñanza que reina actualmente es una fiebre ardiente que desnaturaliza á sus víctimas desde el punto de vista intelectual, las envenena desde el punto de vista moral, por el orgullo y el libertinaje, y más á menudo aún las arruina desde el punto de vista físico. Sienten que todo esto, tarde ó temprano, perjudicará á toda la sociedad; pero los sabios se burlan de la supuesta estrechez de espíritu, porque ven en ella algo de embarazoso, y marchan con más osadía hacia adelante, hasta que la ruina sea completa.

No podemos detenerlos, pero nos parte el alma el ver que espíritus superiores se dejan alucinar de este modo, y

orientan del lado de la ruina la tendencia de la época. Fuera de las ofensas hechas á la religión, á la fe y á la autoridad, no hay nada más funesto para la sociedad humana que una falsa educación intelectual. La misma inmoralidad no es tan pernicioso. Nobles corazones no pueden sentirse largo tiempo á gusto en el fango del vicio, y aun los que se complacen en lo que hay de más malo, se ven obligados á confesarse á sí mismos que están avergonzados de seguir este abominable camino. De aquí el remordimiento continuo que en sí sienten y que les impide estar contentos de sí mismos y continuamente les exhorta á renunciar al pecado y al libertinaje. Pero si, con el nombre de educación, les han inculcado principios que alejan el espíritu de Dios y su verdad, y envenenan la voluntad y el corazón, éstos tales llegan á un estado casi incurable. Bajo las apariencias de educación, el mal y la corrupción encadenan aun á los mejores en sus lazos. Ahora bien, para volver al buen camino al que, desde su juventud, ha sido educado en ideas falsas, y se ha acostumbrado á pensar de una manera errónea, se necesita mucha más maña y gracia, que si se tratara de volver al recto sendero á un corazón que jamás ha podido encontrar el reposo en su lucha continua con excelentes convicciones intelectuales.

2. **En las cuestiones actuales, el campo de la historia como terreno neutro, es preferible.**—Además, conocemos suficientemente el mundo para saber que es trabajo inútil el querer oponerse directamente á la corriente imperante de ciertas opiniones. Fuera de algunas excepciones, las personas más sabias y los caracteres más reflexivos se muestran incapaces—para no citar más que un ejemplo—de oír una palabra pacífica sobre la locura, la injusticia y la influencia perjudicial del principio de nacionalidad que domina hoy, ó como acostumbran á decir, del patriotismo, desde el momento en que se les habla de su propia patria. Lo mismo ocurre con las demás cuestiones de la época. Por poco que se quiera aclarar este asunto, es preciso colocarse en un terreno completamente neutral, ha-

blando, ó bien de salvajes, ó bien de tiempos pasados, y dejar á las personas que son capaces de reflexión el cuidado de hacer la aplicación correspondiente.

Por esta razón, preferimos echar una mirada sobre la antigua historia de la civilización romana, para probar que las peores execraciones de una época provienen siempre, antes de una educación falsa intencionada, que de otras causas hijas generalmente de la casualidad. ¿Cómo fué posible que una ruina tan espantosa pesase sobre Roma y se extendiese de un modo tan general? Preciso fué que ciertas causas preparasen el terreno á semejante pérdida: la viruela no aparece sino donde encuentra un terreno propicio, y un cáncer no es otra cosa que la localización de malos humores esparcidos desde largo tiempo en todo el cuerpo. Es imposible explicar como hechos aislados la existencia de monstruos tales como Calígula, Nerón y Domiciano, y sus parejas aún más terribles Julia, Agripina, Mesalina, Faustina. La perversidad personal más completa, no puede desempeñar un papel público, aun cuando sea la de un hombre que ocupe una situación influyente, si no encuentra un terreno propicio, una acogida favorable y una cooperación eficaz en la totalidad. Sin esto, se ve más bien obligada á ocultarse. Allí donde la sociedad no está corrompida, los hombres más malos pueden desempeñar un papel útil. Pero si el conjunto está envenenado, los hombres conviértense entonces en monstruos, los cuales, personalmente, son mucho menos malos de lo que cree el mundo. Esto prueba que la sociedad entera los produce como una flor natural en sus vástagos más elevados. No hay duda de que un Iván, un Barnabo Visconti, un Robespierre y un Marat, una Halle, una Sassoulitsche y una Perowska son la expresión exacta del espíritu de su tiempo y de las personas que los rodeaban, espíritu encarnado de la sociedad en que vivían. Ésta no tiene derecho de renegar de ellos, ya que es ella, con más frecuencia aún que los mismos individuos, la responsable de las desgracias que ha producido, formado y elevado.

En cuanto á esos monstruos, poco más ó menos, no son más que víctimas del espíritu que se les ha inculcado en nombre de la totalidad, y el resultado natural de lo que su época considera y persigue como educación.

La humanidad es—jamás podremos inculcar esto con la debida intensidad—un organismo viviente, y por esta razón, el conjunto es solidario de cada una de sus partes, como cada una de sus partes lo es del conjunto. ⁽¹⁾

3. La delicada formación del hombre de condición elevada en Roma.—La verdad de estos principios se ha manifestado claramente en la más corrompida sociedad que la historia conoce.

No hay más que echar una mirada sobre lo que entendían por *educación* en la Roma de los Césares, para darse cuenta de que aquella época no era peor de lo que merecía ser, y que no podía ser distinta de lo que era. Seremos breves aquí en lo referente á la educación de los hombres. Marcial—y era un iniciado—nos la ha dado á conocer en algunos versos, ⁽²⁾ que reproducimos con libertad, y que la caracterizan admirablemente. Largas y sabias disertaciones no nos expondrían más á fondo el estado de la situación; en todo caso, no lo harían de una manera más precisa. He aquí lo que dice: «Amigo, el mundo elegante se hace lenguas de tu fina educación. Pero dime lo que significa fina educación.—«¿Fina educación? Pues escucha: Una carga de fino cabello; fino almizcle; patchulí abundantemente esparcido por la barba y el pañuelo; saber siempre las más bellas melodías de Wagner ó de Strauss, y poner el pie y la mano, según el arte más fino, en un baile; cortejar á las damas con el guante y el ramillete; contar rápidamente las más finas noticias escandalosas; quién es prometido, quién está enamorado, quién es el héroe del baile y del escenario, qué nobleza presta el caballo de Belas ó el perrito de Betly. ⁽³⁾ Ahora, querido

(1) Tom. III, *conf.* III, 11.

(2) Marcial, 3, 63.

(3) Cf. Friedländer *Sittengeschichte Roms* (1), II, 160 y sig. Forbiger, *Hellas und Rom*, II, 327, 348.

amigo, conoces ya por completo el más fino artificio de la fina educación.»—«Amigo, verdad es que la educación es fina, pero no me causa envidia.»⁽¹⁾

4. La formación intelectual de las mujeres en Roma.—Al contrario, el sexo femenino de aquella época aspiraba á una educación diferente de esta educación soberanamente dudosa. Los papeles de los sexos estaban completamente cambiados. Las mujeres eran soberanas, como en tiempo de Luís XIV, y como continuaron siéndolo después. Su desprecio por los hombres, que se rebajaban hasta el punto que acabamos de indicar, no conocía límites. En sus esfuerzos, hechos para imponerse á los hombres, para emanciparse de su tutela, y para dominarlos completamente, el sexo femenino se lanzó á los más escabrosos caminos en que fácilmente puede uno extraviarse. Perdió el gusto de su verdadera vocación, que consiste en trabajar tranquilamente en el hogar doméstico. Las antiguas matronas romanas quizá no habían reflexionado nunca sobre la delicadísima cuestión de la vocación de la mujer. Pero buscando los medios de poder llegar á ser buenas madres y mujeres laboriosas, habían encontrado sin duda alguna su verdadera situación social; y precisamente por haber comprendido bien su situación social, representaron un papel político de una importancia inmensa. Pero aquella joven generación degradada, se creía demasiado sublime, demasiado elevada, para desempeñar una empresa tan importante, aunque de tan poca apariéncia, y puso cielo y tierra en movimiento para conquistarse una situación social y política más estimada. Y así, una vez abandonada la base del orden natural, no tardó en caer en monstruosidades y en una intemperancia sin límites, como es inevitable en semejantes casos. Despojar á la mujer de su verdadero carácter y distinguirse por esfuerzos inauditos, físicos é intelectuales,⁽²⁾ tal fué en adelante el ideal de la vida y de la educación femenina.

(1) Cf. Seneca, *Quæst. nat.*, 7, 31. Marcial, 2, 7.

(2) Fugit a sexu, vires amat. Juvenal, 6, 253.

La erudición y la elocuencia,—naturalmente no las verdaderas, pero sí las que contribuían á hacerse valer,—ocupaban el primer lugar entre sus ideales.⁽¹⁾ Antiguamente se aplicaba el principio vergonzoso,—á lo menos en Grecia,—de que era un crimen instruir á la mujer, porque equivalía á dar veneno á una víbora.⁽²⁾ Pero después, la primera regla concerniente á su educación pareció ser ésta: Cuanto más inútil es una ciencia, tanto más debe cultivarse. No atribuían importancia alguna al conocimiento de la lengua materna,⁽³⁾ porque era la lengua ordinaria del pueblo. Para las relaciones, necesitaban otro idioma, que en aquella época fué naturalmente el griego.⁽⁴⁾ Les gustaba hablar esta lengua para lucirse mejor, haciendo con ella muchas monadas sin darse cuenta de que esto mismo les hacía caer en el mayor ridículo.⁽⁵⁾ Que los autores que leían en esta lengua, para formarse en ella, fuesen ó no morales, les tenía completamente sin cuidado. Bastaba que pudiesen aprender bien el griego, y un modo elegante de expresarse.⁽⁶⁾ Aquellas mujeres, jóvenes y viejas, no leían en su lengua materna sino antiguos autores, particularmente poetas, á fin de poderlos citar en sociedad, y confundir así á los hombres, que apenas sabían el nombre de tales cosas.⁽⁷⁾ ¡Eran de ver las conversaciones que se sostenían en los salones y festines de aquella época! Aquellas damas espirituales se complacían sobre todo en hacer alarde de su conocimiento de antiguos poetas desconocidos.⁽⁸⁾ En cuanto á los poetas que la mayoría conocía y leía, de tal modo los despreciaban, que no encontraban nada bueno en ellos.⁽⁹⁾ Sólo á Virgilio guardaban alguna

(1) Juvenal, 6, 445.

(2) Menander, *Frag. incert.*, 154 (Dübner).—(3) Juvenal, 6, 188.

(4) Tacit., *Orator*, 29.

(5) Juvenal, 6 166 y sig. Marcial, X, 68. Plutarch., *C. Gracchus*, 19, 2. Sallust., *Catilina*, 25.

(6) Ovid., *Trist.* 2, 369 y sig. Statius, *Silv.*, 5, 3, 148 y sig.

(7) Juvenal, 6, 454.

(8) Vates, *Juv.*, 6, 436. Claudian., *Epithal. Hom.*, 234 y sig.

(9) Quintillian., 1, 8. Aulus Gellius, 1, 10. Spartian., *Hadrian.*, 15. Friedländer (1), III, 278 y sig. Cf. también á Lucian., *Demonax*, 37, 26.

consideración, por haber descrito, como lo había hecho, la pasión y desesperación del Werther antiguo,—bajo la forma de una mujer, Dido—y por haber representado el suicidio de una manera incomparable y particularmente atractiva. Pero bajo el escarpelo de aquellas inexorables críticas femeninas, las cosas iban muy mal para el buen Homero, para los más grandes oradores y gramáticos más sabios, pues aquellas mujeres, que todo lo creían saber, se tenían por muy superiores á ellos. ⁽¹⁾ En sus tertulias, sólo se necesitaban oídos, pero muy finos. Hubiera podido decirse que se agitaban todas las campanillas, todos los timbales y todas las campanas de una música turca, y, sin embargo, la incomparable heroína del salón hablaba sola. ⁽²⁾ Nadie podía intercalar una palabra, y nadie hubiera osado pronunciar una sola de éstas, pues ni una sola falta se escapaba á la perspicacia de su espíritu, y ni una sola sílaba estaba exenta de falta, excepto las que ella pronunciaba. ⁽³⁾

Todo lo dicho no agotaba el círculo de los conocimientos que aquellas damas poseían. Además de la literatura, cultivaban con predilección las ciencias naturales, y todo lo que hoy se entiende por ciencias. Sólo prescindían de la anatomía y de la medicina, que no estaban muy adelantadas en aquella época. De lo dicho se infiere, que, por pura cortesía, nadie las examinaba para hacerse cargo del número de áridas materias que habían aprendido. Pero se hacían dar conferencias, y estaban prontas á mostrar á toda hora un certificado de estudios. De aquí que tuviesen siempre profesores de matemáticas y geometría que frecuentaban sus salones y eran sus admiradores. ⁽⁴⁾ La historia, con la cual podían hacer más fácilmente ostentación de ciencia, había llegado á ser para ellas un objeto de moda. ⁽⁵⁾ Lo mismo puede decirse de la filosofía; ⁽⁶⁾ no cierta-

- (1) Juvenal., 6, 434 y sig.—(2) *Id.*, 6, 439 y sig.
 (3) *Id.*, 6, 451 y sig.
 (4) Plutarch., *Pompei.*, 55, 1. Philostr., *Sophist.*, 2, 30, 1.
 (5) Juvenal., 6, 451.
 (6) Plutarch., *l. c.* Philostr., *l. c.* Sen., *Cons. ad Marc.*, 4.

mente que tomasen su estudio con mucho ahinco, pero sí lo cultivaban por lo menos con tanta asiduidad como en nuestras universidades. Á este fin, cada dama distinguida tenía un llamado lector que, entre otras cosas, debía saber también los rudimentos de filosofía al uso, es decir, la ética, en otros términos, el arte de poder llevar sin gran trabajo una vida honrada; en una palabra, desempeñaba en la casa las mismas funciones que en nuestros días el intendente de palacio. De vez en cuando, debía hacer agradable con la lectura el tiempo que las damas pasaban en el tocador. ⁽¹⁾ Su presencia era sobre todo necesaria cuando la dama se retiraba á la soledad del campo; y al dirigirse allá, se le cedía el último sitio en el último coche, al lado de la servidumbre indispensable, como el cocinero, el peluquero y el perrito favorito. Su misión consistía en vigilar á este último, si le conceptuaban capaz para ello, y si tenía bastante inteligencia para merecer el honor de este puesto de confianza. ⁽²⁾ Parece que en aquellas esferas no se estudiaba con frecuencia la filosofía en tratados áridos. Aquellas damas,—que, según el dicho de Séneca, ⁽³⁾ no consideraban el estudio como medio de llegar á la sabiduría, pero sí como una satisfacción de la pasión,—no leían más que un solo tratado filosófico con verdadero afán, la *República* de Platón, y esto, no para apropiarse las graves doctrinas del filósofo sobre la educación y la virtud, sino más bien porque en ella se hablaba de la supresión del matrimonio y de la emancipación de la mujer. ⁽⁴⁾

Por supuesto, que la política era una de las principales pasiones de las damas romanas de aquella época, ⁽⁵⁾ y por lo mismo, era un fin digno de su ambición el hacer depender de sus gracias, en un Estado tan importante como aquél, el nombramiento para los empleos más influyentes, las decisiones de los soberanos y favoritos más poderosos,

- (1) Lucian., *De mercede conductis*, 17, 36.
 (2) *Ibid.*, 17, 32, 34.
 (3) Seneca, *Consol. ad Helviam*, 17, 4.
 (4) Epictet., *Fragm.*, 53.
 (5) Juvenal., 6, 398 y sig.

y aun la intervención, en caso de necesidad, en la marcha de los acontecimientos y en la solución de cuestiones que estaban muy lejos de ser secundarias. Por esta razón, muchas de ellas cultivaban con entusiasmo la jurisprudencia. (1) Pero á menudo este estudio se hacía también por un motivo particular. Los procesos, sobre todo los de herencia y divorcio, (2) habían llegado á ser una necesidad para aquel sexo hambriento de cambios y violentas emociones. Puede fácilmente imaginarse qué encanto tendría para las damas anhelosas del divorcio el pleitear por sí mismas sus causas ante el tribunal. (3) Claro está que una mujer no podía hacer otra cosa que redactar los escritos, pero, en cambio, tenía un representante encargado de exponerlos ante el tribunal.

Sin duda que semejantes hechos de falsa educación intelectual ocurrían muy raras veces. Pero existía otra inclinación que no podemos menos de considerar como el peor síntoma de aquella avidez malsana en querer saberlo todo, inclinación que era general en el distinguido mundo femenino de la Roma de aquella época. Nos referimos al espiritismo, con todos los misterios y todas las atrocidades que se ocultaban en los largos pliegues de su sombrío manto, á las mesas giratorias, á las mesas golpeantes, á la evocación de los espíritus, al hipnotismo. (4) Jamás este exceso se manifestó más abiertamente como culto del diablo y pacto con el infierno, que en aquella época. El mundo entero contaba historias de brujas, de bebidas envenenadas, de sacrificios humanos y sobre todo de niños, (5) y otras atrocidades que no dejaban ninguna duda sobre su verdadero origen y su último fin. Lejos de inspirar horror todo esto,

(1) Juvenal, 2, 51.

(2) *Id.*, 6, 227, 268.

(3) *Id.*, 6, 244. Tacit., *Annal.*, 3, 33.

(4) Friedländer, *Sittengesch. Roms*, (1) I, 298 y sig.; III, 644 y sig. Doellinger, *Heidenth. und Judenth.*, 648 y sig., 656 y sig. Forbiger, *Hellas und Rom.*, II, 192 y sig. Pauly, *Real Encykl.*, IV, 1398 y sig.

(5) Horat., *Epod.*, 5, 12 y sig. Cicero, *Vatin.*, 6. Juvenal, 6, 552. Lucan., *Pharsal.*, 554 y sig. Philostr., *Apollon.*, 8, 5, 3. Ammian. Marc., 29, 2. Lamprid., *Heliogab.*, 8. Euseb., *Hist. eccl.*, 8, 14.

era, por el contrario, gran objeto de atracción. Las mujeres en particular se entregaban con pasión á estos excesos. Era para ellas como una dichosa compensación de la religión perdida desde largo tiempo, y, no obstante, indispensable; de manera que la policía, á pesar de su indulgencia, no podía menos de luchar contra esto, pero sin resultado.

5. Los esfuerzos extraordinarios y las excentricidades de las mujeres libres en Roma.—Bien claro es que aquellas damas proponíanse ante todo satisfacer su ambición de merecer el nombre de espíritus fuertes, ó, como se decía en la época de la Pompadour y de la Deffand, el nombre de mujeres de corazón grande y fuerte. Pero aquel fin estaba lejos de satisfacer á su ardoroso espíritu. Anhelaban aún más superar por la fuerza viril á los hombres profundamente rebajados. Ahora bien, cuando la mujer se deja arrastrar por este camino, no hay excentricidades ni ridiculeces á las cuales no se someta, no solamente á sangre fría, sino con verdadero desprecio personal heroico. Avergüénzase entonces de su naturaleza, y saluda con alegría todo lo que le ofrece la esperanza de poder demostrar que se ha desprendido de ella. Cuanto peor es una cosa para su sexo, mejor le parece; cuanto mayor perjuicio puede hacerle, más obstinadamente se lanza tras de ella. Sacrifica con entusiasmo honor, virtud y salud á todo lo que es contra natura. Toda tentativa para disuadirla á obrar de este modo, no sirve sino para lanzarla con más violencia á este camino. La historia de muchas épocas suministra desgraciadamente ejemplos varios que prueban esta afirmación. Pero aquella época supera á otras muchas, por cuanto ha probado más sinceramente, por medio de hechos, lo que puede esperarse de una emancipada de profesión. Como es natural, el baile era el primero de aquellos ejercicios, y luego seguía la gimnasia. Sin hablar de diferentes géneros de este arte, que más vale callar, el ejercicio de los balancines ó esferas de hierro (1) era el predilecto de aquellas amazonas.

(1) Juvenal, 6, 421. Marcial, 7, 67, 8 y sig.